

JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

Zumbido



451.http://

ISBN 978-84-96822-93-1

PRIMERA EDICIÓN
2010

© DEL TEXTO: Juan Sebastián Cárdenas, 2010
© DE LA EDICIÓN: 451 Editores, 2010

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

info451@451editores.com
www.451editores.com

DISEÑO
Departamento de Imagen y Diseño GELV

MAQUETACIÓN
Departamento de Producción GELV

IMPRESIÓN
 Talleres Gráficos GELV
(50012 Zaragoza)
Certificado ISO

DEPÓSITO LEGAL: Z. 1229-10
IMPRESO EN ESPAÑA

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos.

Sumurucucu
Sumurucucu
Sumurucucu cucu cucu

The meaningfulness of meaninglessness.

Nicolás GÓMEZ DÁVILA

NO PUDE REPRIMIR LAS LÁGRIMAS, NI ESA EXPRESIÓN DE INTENSO dolor que se parece tanto a una carcajada, las arrugas pronunciadas, los ojos sumidos en un apretado abanico de pliegues, la boca bien abierta.

La mujer se acercó a consolarme pero no supo bien cómo hacerlo. No me tocó. Tampoco dijo nada. Solo se levantó de su silla, al otro lado de la sala de espera, y se sentó junto a mí. Sentí su respiración en mi espalda encorvada, su incapacidad para ensayar un mínimo roce solidario con la punta de los dedos. Estuvimos así durante largos minutos, en un principio estableciendo una comunión intensísima. Pensé en un peine que, con paciencia y disimulo, se carga de electricidad estática para atraer pedacitos de papel. Era casi obscena su manera de no tocarme.

Mis espasmos iniciales se fueron estabilizando poco a poco en un sollozo continuo, más discreto, y al cabo de un rato toda esa energía ya se había transformado en

una variante sensual de la abulia. Consciente de que en mi cuerpo solo quedaban los últimos efectos del intenso dolor expulsado durante el llanto, la mujer se limitaba a esperar.

10 Por fin, con una sonrisa aliviada, mi rostro, que a todo esto se había metido por sí solo en el cuenco de las manos, salió al encuentro del rostro de la mujer. La bola negra de los ojos era tan grande que prácticamente no dejaba espacio para lo blanco. Me pareció una cosa monstruosa, si bien he de reconocer que ese detalle armonizaba con el resto de sus facciones y les daba un aire que habría podido calificarse de tierno. Luego abrió la boca para decir algo que no entendí y percibí su aliento, un aliento a boca cerrada durante horas, a palabras fermentadas en una saliva estancada y espesa. La reacción de sorpresa no se notó, supongo que gracias a mi gesto todavía medio compungido. Lo sé porque ella continuó exhalando ese horrible olor directamente en mi nariz. Sonreía benévola con dientes bonitos y sanos que descartaban la posibilidad de una infección. Más bien parecía algo estomacal, un olor rancio muy similar al que despiden las personas que sufren de úlcera.

En ese momento apareció de nuevo el médico con unos formularios. La mujer aprovechó que yo me atareaba en los papeles para regresar a su silla, en el otro extremo de la sala; tuve la impresión de que le había incomodado que el médico nos sorprendiera intimando, o al

menos creí detectar algo de culposo en su manera de apartarse de mí. También me pareció evidente que el médico y ella se conocían de antes.

Durante la siguiente media hora estuve de aquí para allá realizando trámites, intentando en vano prestar atención a las explicaciones del médico. Lo único que entendí fue que tendrían que eliminar cuanto antes los restos de mi hermana por temor a un contagio y que, por tanto, sería imposible realizar un velorio normal. Al día siguiente la compañía funeraria enviaría a la casa de mi hermana una urna con las cenizas. Sentí que me faltaba el aire. Tuve que apoyarme en una pared por unos segundos. Se había hecho la hora de tomar mis píldoras. Bajé a la cafetería de la primera planta y me senté junto a la ventana, sin hallar otra ocupación que la de poner a bailar el frasco de píldoras sobre la mesa. Una muchacha se acercó para atenderme y le pedí una tila sin dejar de mirar mi frasco, que giraba torpemente sobre la base, a punto de perder el equilibrio.

La ventana junto a la mesa daba al patio interior de un pabellón azul, en cuyo centro había un conjunto de arbustos enanos que resplandecían bajo la lluvia. Al otro lado, alargadas figuras blancas se movían por un corredor, algunas de ellas arrastrando camillas o sillas de ruedas. El aguacero iba derritiendo todas esas formas en el cristal pero acentuaba los colores, en especial el verde, todos los verdes del jardín, cosa que suscitaba en mí una

rara placidez. Ya no me sentía tan mal, pero igual me tomé las pastillas, una tras otra. Las últimas del frasco.

Me pareció que sería conveniente subir a despedirme del médico y darle las gracias antes de marcharme. Volví a la planta del quirófano, pero no encontré a nadie por los pasillos. Pasé por la sala de espera, también vacía, por los corredores que poco antes había recorrido junto a enfermeras y personal administrativo, por la habitación de mi hermana, vaciada desde hacía menos de una hora. Y nadie. Ni en los mostradores.

12

Alguien dijo que en momentos como ese la arquitectura asume un protagonismo inusitado: paredes de color azul y luces de neón en el cielorraso que se pierden en un remoto, casi invisible, punto de fuga, nada de ventanas al exterior, solo larguísimos pasillos y puertas batientes que no se mueven. Lo suficiente para desestimar cualquier propósito definido, lo suficiente para que el cuerpo se entregue a la parálisis o a la inercia. Caminé durante un rato, ganando el fondo de cada corredor para luego girar a derecha o izquierda según me viniera en gana. La soledad de aquel pabellón era tal que parecía ordenada por una fuerza superior. Creí que algo había ocurrido, un incendio o cualquier otra catástrofe que hubiera hecho necesaria la evacuación del edificio. Y cuando esta hipótesis empezaba a cobrar fuerza, apareció un enfermero por una de las puertas batientes.

Empujaba una camilla oxidada cuyos chirridos cubrieron el sonido de sus palabras, de modo que no conseguí entender lo que me dijo.

—Estoy perdido —fue lo que salió de mi boca. Ahora me hallaba lo suficientemente cerca para verle bien la cara. Era un hombre aindiado, recio, con los dientes diminutos. Me pidió que lo siguiera. Mientras caminaba junto a él me reconoció:

—Ah, usted es el... familiar de...

—Soy yo, sí.

—... me sonaba su cara, claro...

Y después de una larga pausa:

—Mi más sentido pésame.

El tipo me llevó hasta otra ala del hospital y me señaló un punto remoto del pasillo donde, me dijo, encontraría un mostrador y podría preguntar por el doctor. Avancé en la dirección indicada, sintiendo cómo el chirrido de la camilla y los pasos del enfermero se alejaban a mis espaldas hasta desaparecer en el extremo opuesto del pasillo. Cuando llegué ante el mostrador me encontré con que estaba vacío. De nuevo completamente solo. Esta vez, sin embargo, opté por la parálisis: un archivador, un computador encendido, un cactus gordo en una maceta rellena de piedritas grises, un póster de una enfermera que pone el dedo índice sobre sus labios car-

nosos para pedir silencio, un teléfono con muchos botones y un pequeño ventilador que había tirado unos cuantos papeles al suelo. Y fue precisamente la visión de esas aspas que giraban inútilmente tratando de espantar el bochorno lo que hizo que me percatara de las gotas de sudor que se escurrían por mi frente. Sobre una mesita llena de carpetas vi una caja de klínex. Entré al mostrador, arranqué decenas de pañuelos de la caja y empecé a secarme con desesperación. Mis axilas también estaban empapadas. Seguí arrancando pañuelos, haciendo pelotas con el papel para metérmelas bajo la camisa.

Al salir del hospital me encontré con el aguacero.

Me había olvidado del aguacero. La calle con un brillo de repostería barata, la gente corriendo, los carros avanzando como en cortejo sobre los charcos profundos llenos de lodo, montoncitos de detritos orgánicos y basura plástica taponando unas alcantarillas completamente desbordadas.

Corrí hasta un paradero de buses situado a pocos metros de la entrada del hospital y me puse a esperar allí a que escampara. Hacía un calor insoportable. La lluvia parecía hervir sobre el pavimento. Las gotas de sudor seguían rodando por mi frente. Vi pasar a un ciclista cubierto hasta los pies con chuspas plásticas en las que reconocí el logotipo de un supermercado. Se detuvo frente a un puesto de frutas, al otro lado de la calle. El puesto estaba tapado con dos grandes paraguas de colores des-

vaídos. El ciclista se quitó la chuspa que le protegía la cabeza y alcancé a ver que tenía cara de perro. Como esos perros mestizos y chiquitos de pelo corto y con los dientes inferiores asomándole por fuera del hocico. Después de estrecharle la mano al vendedor, agarró un mango gordo con pintas coloradas y le dio un mordisco. El mango parecía muy maduro, así que el jugo debió de escurrírsele por la piel de los cachetes, que tenía pegada al hueso y se le veía muy brillante, con ese pelo gris tan bien peinado y tuso. Sonrió amablemente mientras volvía a poner el mango junto al resto de la fruta, antes de volver a cubrirse la cabeza con una de sus incontables chuspas. Luego se perdió por entre el atasco. El vendedor ni se molestó. Agarró el mango mordido y lo tiró al basurero con la mano izquierda a la vez que se santiguaba con la derecha. Una rutina. Debía de suceder todos los días. Y como no escampaba y no pasaba ningún transporte y además no había gente esperando en ese paradero, qué más podía hacer, pensé, qué otra cosa sino salir a la intemperie, buscar una calle menos congestionada, una en la que al menos se movieran los carros y tratar de tomar allí un taxi, un bus. Cualquier cosa con tal de ponerme en movimiento. Con tal de no esperar más y alejarme de ese sucio hospital.